

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción.—En a Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1º y 18 de cada mes. No se devuelven los originales.
Redacción: Plaza San Agustín, 7.—Administración, Mercedes, 4.—Teléfono 237

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31, Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fike, 21-Park Row. Berlin, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador.

Habilidades políticas

El nombramiento de Don Vicente Serrat para la Alcaldía ha disgustado á José de Cartagena por varias razones:

1.ª Por que supone que es debido á inspiraciones del fracasado símbolo de las desdichas del pueblo.

2.ª Por que contaba con el inmutable ofrecimiento del Conde, para que el Alcalde fuera bloquista; y 3.ª y última por que Don Vicente es forastero.

Como Vds. ven las razones son de peso y justifican plenamente, que los concejales bloquistas, sigan faltando á sus deberes en el Concejo.

Una vez disgustado y molesto José de Cartagena por estas cohechas la emprende con Don Manuel Antón, y aconseja á Don Angel Aznar, á quien llama su ilustre amigo (por ahora), que no escuche á Don Manuel por que Don Manuel es incompatible con Cartagena, es decir que á Don Manuel, le sucede lo mismo que á Payá y que á Maestre; son incompatibles con Cartagena, que tiene la dicha de ser el feudo del Diputado Popular por Romanones.

Tiene razón José de Cartagena; Don Angel Aznar no debe escuchar á Don Manuel Antón; debe entregarse en los amorosos brazos de Garcia Vaso que tantas pruebas le ha dado de afecto y respeto no solo á el sino á toda la familia; debe escuchar al cacique popular y presentarle su apoyo en la seguridad de que la pureza de sus ideales liberales dinásticos no padece, por que Garcia Vaso no puede hacer traiciones conservadoras y si bien es cierto que los elementos de su partido, son republicanos, socialistas y anarquistas eso es en bloque; por que El unas veces es de Romanones (por la influencia), otras de Calix (por el dinero), y además ex amigo de Canalejas y procedente de un saldo de republicanos en buen uso y compatible con su Cartagena y además no es forastero.

No debe hacer Don Angel caso de Don Manuel símbolo de todas las desgracias y menos recordando que Antón ha sido dieciseis ó diez y ocho años Concejál y todavía no hemos oido de sus enemigos, una acusación concreta, una sola de esas infamias que tanto se han prodigado y se prodigarán.

Cartagena tiene la suerte de tener un bloque que es una cosa así, como las tiendas de los pueblos pobres donde venden sombreros, paños, judías, alpargatas y bacalao. Hay un diputado de la Mayoría, monárquico, mientras no se demuestre lo contrario, republicanos que han ido al Ayuntamiento (apoyados naturalmente por el Gobierno de S. M.) socialistas y tal ó cual anarquista para mayor variedad y todos están unidos para admi-

nistrar y en esto de administrar dan muy buen resultado estos señores

Hemos conocido ya regenerador de éstos, de los que predicaban el odio y el pateo libre, que luego una vez encaramado en el sitial, ha habido que verlo... y venga regeneración y venga moralidad...

Nuestro desdén para las futuras injurias, nuestro desprecio para las frases de siempre y lamentamos que la sombra, la sombra de Napoleón derrotado, haga temblar á José de Cartagena... y respecto al OFRECIMIENTO hay un consuelo; el bloque puede cantar al Conde aquella coplita de

Por falsa y por retrechera no te compro una camisa que yo no componga altares donde todos dicen misa.

X. X. X.

Un manifiesto

Madrid 13 9 m.

El Comité de la Conjunción se reunió casa del Sr. Azcárate para conocer el manifiesto que piensan dirigir al país.

Hasta que regrese Pablo Iglesias y Melquiades Alvarez, no se hará á la publicidad dicho manifiesto.

TOPICOS VULGARES

Las cabezas parlantes

XVII

«Nuestros procuradores» se desviven por hablar y labran nuestra felicidad, forzando a producción de la saliva, y escupiendo por el colmillo, de un modo abundante y generoso.

Somos meridionales, y abusamos del don soberano de la palabra... La oratoria nos subyuga, nos conmueve... La elocuencia hierre al sentimiento, dobla la voluntad, prescinde de la reflexión y triunfa de los nervios. El arte deja intactas las convicciones, respeta el santuario de las ideas y penetra suavemente en el corazón del auditorio. ¿Quién no se rinde á su encanto inefable, y no prorrumpie inconscientemente en un grito de admiración; ó no sofoca, huraño, una frase de protesta; ó no reprime, austero, un alarido de entusiasmo? La emoción nos estrema, nos domina y nos redime. Hay algo purificador en las ascensiones del alma al infinito, en ese coloquio íntimo, plácido, entre el verbo que se revela y el pensamiento que le sigue anhelante, entre el orador y el oyente, entra Castelar que habla, augusto, del Dios del Calvario, y los ánimos suspensos, que, en el recogimiento del éxtasis, gustan anticipadamente las delicias del cielo.

Sin embargo, el poder maravilloso del discurso es efímero, y recuerda el esplendor pasajero de los fuegos artificiales.

Martos, ático, esculpe, inmortales conceptos; Cicerón, robusto, eterniza la lengua del Lacio en márginales catilinarios; Demóstenes, patriótico, atrae con sus arangas, á enardecidas, muchedumbres; Donoso Cortés y Moreno Nieto nos deslumbran con las concepciones del genio y los desbordamientos de la facundia; Moret nos esclaviza con la fluidez inagotable de su estilo vibrante, mitido, armonioso; Pi-

y Margall, severo, modela en mármol la imagen rígida de sus elucubraciones cantonales; Salmerón, misterioso, nos sume en el piélagos inmenso de sus teorías filosóficas; Cánovas, fuerte, nos reduce á la obediencia con la sobriedad de los argumentos y sus flagelas con el vigor de la dialéctica; Canalejas, pródigo, emplea los múltiples recursos de su inteligencia privilegiada, y el rico veneno de su léxico asombroso, en cantar las venturas y los amores de la inviolable democracia; Vázquez Mella, exhuberante, infunde en sus mágicas oraciones el espíritu eterno de la tradición española, y describe, en el más gárrulo de los lenguajes, con el más inflamado de los estros, las legendarias hazañas y las heroicas empresas de los campeones de la Cruz; Melquiades Alvarez, sereno, majestuoso, certero, truena desde el Sinai por el reinado de la justicia social, y con la profundidad de los juicios y la esquisita y pura elegancia de la forma, nos convierte en arrobados adoradores de la liviana libertad; Maura, despota, nos arrastra por las callejuelas de su «sintaxis tostada» (?) nos abisma en los períodos rotundos y grandilocuentes de su lógica firme, y nos arrebatada, en alas de su inspiración, hasta las regiones donde se forja el rayo, y se difunde la luz que esclarece el entendimiento.

¿Quién resiste la avalancha, el alud de los oradores vertiginosos, e'ctricos, brillantes? ¿Quién sacude el yugo de los talentosos reflexivos y sofistas? ¿Quién rechaza el aluvión de los fáciles, verbosos y retóricos? ¿Quién impide la irrupción de los videntes, los parlantes chinos y los autómatas? ¿Quién po-

ne diques al mar donde fluctúan los Catones, los Cucinatós, los Licurgos y los Catilinos?

La tribuna gloriosa, donde aún duermen los ecos de la voz tonantes de Rios Rosas y de la risa burlesca de Romero Robledo, es profanada á veces por la procaacidad, la coquicia y la ambición del mundo.

El parlamentarismo, lejos de ser cortapisa del abuso, es incentivo del escándalo, es fuente de corrupción, cómplice del derroche, encubridor de delitos y co-autor de despilfarros.

El Gobierno, amparado por la mayoría, puede declararse pirata; las minorías, devotas de la obstrucción, pueden impedir la obra del Gobierno. Labor inútil, tejer estejer continuo. Halagar al enemigo desarmar al adversario: hé ahí la misión de los gobernantes. Sitiar al poder ejecutivo, obligarle á capitular, ó entrar á saco en la plaza sitiada; hé ahí el ideal de las oposiciones.

En tanto, el país agoniza, y las Cortes se entretienen en discusiones bizantinas.

Los debates son declamatorios. El «atiguillo» está de moda. La concisión es flor de un día.

A. B. C.

Resultado de una suscripción

Madrid 13-9 m.

Comentando el resultado de la suscripción de obligaciones del Tesoro, decía un ex-subsecretario de Hacienda que ofrece una lección cuya enseñanza deberán aprovechar los ministros.

Esta significativa obstinación entraña un hecho—ahadfa—que los ministros deben recapacitar sobre las peticiones de dichos bancos sobre el impuesto de utilidades.

Feminismo agudo

Mademoiselle Mari Nizard, morena, hermosa y varonil, su nombre acaba de lanzar iqué candidata tan gentil De la República francesa el Presidente aspira á ser. ¡Oh qué chiquilla tan traviesa! ¡Oh qué modelo de mujer! ¿Quién se resiste á los halagos de una tiránica beidad? Y ¿quién no evita los estragos de una pasión en libertad? Podrá vencer su enorme empuje, el brio inmenso de Ribot? A una bravía, cuando ruje, no la constriñe ni... Cambó. Ante rival tan influyente, sin fuerzas yace Poincaré. El hombre estímate impotente, y pierde, excéptico, la fé. La gran, de Rusia, Catalina; de España, excelsa, la Isabel; de Holanda, augusta, Guillermina; la fama eclipsan de Burell. ¡La Gran Victoria de Inglaterra; Doña Agustina de Aragón! Para la paz, para la guerra tienen las hembras corazón. Dicen que charla la futura Jefa de Francia y le Maroc, con tanta lógica y soltura, como dá Pepe el sí y el no (dó) ¡Ay! Si mandasen las mujeres ¿dónde estaria ya Lerroux? ¿dónde, Moret, sus bereberes? ¿dónde, las máquinas del trust? Mademoiselle Mari Nizard, debe subir pronto al poder. España venga á conquistar. ¡Ya me relamo de placer! Mi voto es suyo; ¡por favor sea Ministro universal! Reine y gobierne, seductor, noble y simpático, el amor, único dueño del mortal.

GEMINIS.

Del país de los aladrosques á la Villa del Oso y del Madroño en busca de una vara

Narración verídica en prosa y verso, dividida en capítulos, escenas, diálogos, monólogos, y otras cosas que verá el paciente lector.

PERSONAJES: Pep el Salao, Ramón, un Conde y nada más.

A la Corte.

El miércoles último pasado, época de lo desagradable del día, y de berruntar tormentas, las grisáceas nubes que empañaban el azulino firmamento, el diputado amarillo, conocido por Pepe el Salao, con su bigote caracoleado, con sus miradas centelleantes y con su sonrisa de ama de cría en celos, de común acuerdo con su nueva víctima, se dirigieron á la estación férrea de la M, de la Z y de la A, para ocupar puesto en un coche de primera.

El Salao, como de costumbre, iba de gorra, ó vulgarmente dicho, sea de pescadón.

Su acompañante apesar de llevar guantes, sacó dinero de su cartera para abonar el billete.

La campana de la estación, dió el último toque, y el empleado de dar la voz de «pasajeros al tren, que vá marchar», la dió con tonos más melodiosos que el propio Gaiarre cuando cantaba la Traviata.

El cetáceo de hierro dió un silbido estridente, silbido que arrancó una sonrisa á los viajeros, demostrando con aquel jiplo la satisfacción que experimentaban al ponerse en movimiento para marchar á la corte.

Púsose en marcha el convoy y el candidato para regenerar la administración del común, abrió su petaca y después de segregar un pitillo de los de sesenta, le dió fuego con un mechero automático.

La vertiginosa marcha del tren hacia pasar ante la vista del diputado océ y su acompañante, como silbataas cinematográficas, el monte S cro, Atalaya, el Ensanche y el castillo de Oalera.

Paró el convoy en el apeadero del barrio de Peral, y allí dos individuos que aún creen en la infabilidad de D. José de Tronco, salieron á saludar á los viajeros, y al arrancar el tren, dijeron á dúo: «Que el espíritu y la actividad de Apolón guie en vuestra santa misión», y se fué el tren dejando tras sí una blanquísima estela de humo.

Pasaron las estaciones de la Palma, Pacheco y al detenerse el convoy en Balsicas, el que marchaba confiado con retornar con la vara, le dió al diputado rural:

«¿Querías leche don José de esa que venden las chicas? Bebed porque aquí en Balsicas desde el tiempo de Noel, las leches son ricas, ricas.

—Gracias, contestó El Salado, no bebo el licor de cabras porque se me agraa cuando voy de viaje. Ni uno ni otro bebieron leche y el tren después del silbato siguió su marcha.

Nada de particular acaeció entre el Heródes del bloque y el neófito liberal.

El tren se detuvo en la estación de Murcia, y varias vendedoras de flores le ofrecieron ramos á los viajeros, que no aceptaron, prometiendo estos adquirir á su regreso á Cartagena, gran número de flores si venían victoriosos.

Antes de partir el tren, el dipu-

tado océ, mirando á la torre de la Catedral exclamó con acento melodramático:

«Cuando las campanas esas suenan con triste tedio, no lo puedo remediar, recuerdo siempre á Avdille.

—Bien, muy bien, mi querido don José, dió el acompañante sacando otro cigarro de su pitillera.

Y siguió el tren en marcha, y el Salado que siempre hace alardes de su locuacidad, decía: «No hay que temer nada, amigo Ramón, la vara es nuestra, porque el Conde, con el que casi, casi me tateo, me lo tiene prometido, pues está convencido que á nuestra labor entusiasta y amorosa por el país del Aladroque, se unen las simpatías de todos los hombres honrados, y puesto en sanción grata á aquel banderín de «por la libertad y primete yo», convencido de que desde que lo fundé no mata perros el tranvía eléctrico, y en el momento que nos den la Orden Real ó viceversa, retornaremos á nuestra ciudad con el perdón de gloria y no con el baldón de ignominias como creen nuestros adversarios.

Tenemos que regenerar victoriosos á Cartagena, la ciudad de gays leyendas, y después nos ocuparemos del Ensanche y saneamiento.»

Advirtiendo el orador de Cantarras, que su compañero de viaje retornaba de vez en cuando el ojo izquierdo, le preguntó si sentía sueño y éste le contestó:

«No, distinguido don José, es un pequeño fragmento de carbón que se me ha introducido en la pupila.

—Pues déjeme que le soplo—dijo el de la toga blanca y comenzó á soplar en el ojo de su acompañante hasta que salió la partícula de carbón.

Después quedaron ambos á dos adormecidos.

Así continuaron el viaje hasta la llegada á la villa del Oso y del Madroño.

En la Corte.

Bajáronse los viajeros en la estación, y con sus maletines en las manos ocuparon un coche de punto, dando orden el Salado al auriga, del sitio á donde iban de parada.

Llegaron á la casa de huéspedes distinguidos, abonó Ramón el importe del viaje y después de posesionarse del cuarto con dos camas que había desocupado, abrieron sus maletas para trocar sus trajes de viaje por los de visita.

El denunciador del crimen del Lentscar, le preguntó al aspirante á la vara, si llevaba calcetines nuevos, y éste replicó prontamente:

—Sí, traigo tres pares, y unos calados ¿Por qué me hacéis esa pregunta, don José?

—Porque son los que más visten en ciertos cargos. Por eso precisamente me disgusté con los Valentines, con los Apolón y con otros, porque jamás usaban calcetines negros.

Visitáronse de gala en uniformes y se echaron á la calle dirigiéndose también en coche de punto casa del Conde.

En el camino, el salado amarillo dió determinadas instrucciones á su amigo Ramón para cuando se presentasen ante el Conde, pues este, según decía el rural diputado se fija en el más mínimo detalle y pudiéramos echarlo todo á perder. Se apearon ante el palacio del